
8. El cielo

Dios se construye una morada en la que habita, en la que encuentra su felicidad: el Hijo que engendra en la infinita fuerza de amar que es el Espíritu santo. El Hijo es el cielo del Padre. Dios no se reserva su cielo, lo abre a las criaturas. Engendra a su Hijo en el interior de la creación: Cristo es el cielo construido en el mundo, abierto a los hombres, para que compartan el amor y la felicidad que reina entre el Padre y el Hijo en el Espíritu santo.

El cielo está al comienzo de las obras de Dios, pues todo ha sido creado en Cristo (cf. 1 Cor 8, 6). En él encuentran su acabamiento: «Dios nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo... nos ha destinado... a ser sus hijos... dándonos a conocer el misterio de su voluntad... éste es: recapitular en Cristo todas las cosas» (Ef 1, 4-10).

Cristo, y por tanto el cielo, está al comienzo y al término de las obras de Dios, porque en Dios mismo, toda la actividad del Padre se dirige al Hijo en la fuerza del Espíritu y termina en él.

Jesús proclama al principio de su predicación: «Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios» (Mc 1, 15). reino, reinado de Dios, es el nombre que Jesús da a lo que hoy llamamos cielo. El Reino se establece en el mundo en la persona y en la actividad de Jesús: «Si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros» (Lc 11, 20). Según la feliz fórmula de Orígenes: «En los evangelios, Jesús en persona es el reino» de Dios¹.

Pero durante la vida terrestre de Jesús, el Reino sólo se manifiesta discretamente; todavía debe llegar, aunque está ya presente: «El reino de Dios no vendrá espectacularmente, ni anunciarán que está aquí o está allí; porque mirad, el reino de Dios está dentro de vosotros» (Lc 17, 20s). Los discípulos aguardándolo, piden sentarse a la derecha y a la izquierda de Jesús en su gloria (Mt 10, 37), cuando el Reino llegue con poder: «Algunos de los aquí presentes no morirán sin haber visto llegar el reino de Dios en toda su potencia» (Mc 9, 1). Lo que Mateo interpreta así: «...Sin antes haber visto al Hijo del hombre venir en su Reino» (Mt 16, 28).

El Reino llegará, el Hijo del hombre celebrará su llegada a través del sufrimiento y la muerte: «Lo matarán, y a los tres días (sin tardar)² resucitará» (Mc 10, 34 par). Jesús declara ante el sanedrín: «Desde ahora veréis que el Hijo del hombre está sentado a la derecha del Todopoderoso y que viene sobre las nubes del cielo» (Mt 26, 64). Daniel había descrito el Reino eterno semejante a un hijo de hombre que

1. *In Matth., tract.* 14, 7: PG 13, 1197. Esta afirmación se encuentra con frecuencia en la Iglesia de los primeros siglos (Tertuliano, Cipriano, Ambrosio).

2. Cf. nota 9 del cap. 2

viene sobre las nubes (Dan 7, 13s)³. En Daniel, *el hijo del hombre* es el símbolo de la comunidad de Israel, pero designa al mismo tiempo a su caudillo mesiánico. Jesús se apropia de este símbolo y subraya su interpretación individual: anuncia el advenimiento del Reino en su persona, en el momento en que se desencadena el proceso de su muerte.

La dicha de que gozan los miembros del Reino es la de Jesús, compartida: «Hoy estarás *conmigo* en el paraíso» (Lc 23, 43). El siervo entra en el gozo de su señor (Mt 25, 21). El banquete está preparado para el Hijo, pero Jesús mismo invita a los discípulos: «Yo, por mi parte, dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino» (Lc 22, 29s). Jesús preside la mesa, pero es también el que sirve: «Dichosos los servidores a quienes el Señor, al llegar, los encuentra en vela: os aseguro que se ceñirá, los hará sentar a la mesa, y los irá sirviendo» (Lc 12, 37). Jesús estará para siempre al servicio de esta mesa, como en la última cena: «Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve»⁴.

El Reino será la celebración de las bodas anunciadas: «El Reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo» (Mt 22, 2). La primera alianza había sido ya una celebración de amor entre Dios e Israel⁵. Jesús es el esposo mesiánico (cf. Mc 2, 18); el Reino se parece a unas doncellas que salen al encuentro del esposo, y entran con él a la sala del banquete (Mt 25, 1-10).

En el cenáculo, Jesús lleva a plenitud la revelación del banquete mesiánico: «Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid, hasta el día que beba el vino nuevo, en el

3. El nuevo testamento evoca con frecuencia este texto de Daniel: Mt 25, 31; Mc 13, 26 par; Lc 17, 22-30; Hech 7, 55s; Ap 1, 13.

4. Lc 22, 27; cf. Jn 13, 13s.

5. Os 2, 16.18; Is 50, 1; Ez 16, 8.

reino de Dios mi Padre» (Mc 14, 25 par)⁶. Lucas sitúa estas palabras, con motivo sin duda⁷, antes de la institución de la eucaristía, y la formula así: «He deseado ardientemente comer esta comida pascual con vosotros antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios» (Lc 22, 15s). La comida mesiánica será, pues, una comida pascual, pero celebrada en plenitud, más allá de los ritos prefigurativos a los que Jesús despide. ¿Cuál es el cordero de esta pascua cumplida? Tras evocar una comida pascual en el Reino, Jesús instituye la eucaristía y proyecta así sobre la misteriosa comida del más-allá, el comentario con el que nos da la eucaristía: Jesús es el cordero de la pascua nueva. Como en la eucaristía, él preside la mesa celeste y es también quien sirve, él, que es el alimento ofrecido y la copa. En su símbolo eucarístico, el reino de Dios aparece como una celeste comida pascual, en la que Jesús es el cordero inmolado.

Así pues, el cielo se inaugura ya aquí en la tierra. Es el más-allá profundo de la vida de la Iglesia. Sin sacarles todavía de la existencia terrestre, Jesús encamina a sus discípulos al Reino, uniéndolos a él: «Os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros» (Jn 14, 3). Entre él que está en el seno del Padre y los discípulos se establece una comunión recíproca: «Aquel día (el de la pascua de Jesús), conoceréis que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros» (Jn 14, 20). El cielo se inaugura en esta mutua comunión.

Estando «en Cristo», estando Cristo «en nosotros», según las fórmulas utilizadas frecuentemente, san Pablo puede decir: «Nosotros somos ciudadanos del cielo» (Flp 3, 20). Dios

6. Mt 26, 27 añade: «Lo beberé nuevo con vosotros».

7. Cf. P. Benoit, *Le récit de la cène dans Lc 22, 15-20*: RB 48 (1993) 357-393.

«nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al Reino de su Hijo querido» (Col 1, 13), a este Reino que se había abierto al buen ladrón (Lc 23, 43), primer compañero de la pascua de Jesús.

¡Sabemos, por tanto, dónde se encuentra el cielo! Para preveniros de todo intento de localizarlo en el cosmos, se dice con frecuencia: «El cielo no es un lugar, sino un estado de felicidad». Sin embargo es un lugar, pero no cósmico, un lugar personalizado: «Nos ha sentado en el cielo, en Cristo Jesús» (Ef 2, 5). Jesús había anunciado: «Cuando yo sea alzado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12, 32). Glorificado en su muerte, es el centro de atracción y de convergencia en el que los hombres se reúnen. El cielo es un lugar, pero este lugar es alguien⁸. ¿Es un estado de felicidad? Más que un estado, es un acontecimiento beatificante. Cristo en su muerte y su resurrección es, para siempre, el Reino en su advenimiento. «El se ha hecho para nosotros... redención» (1 Cor 1, 30), es la salvación en su realización, en la que participan los santos. La eucaristía, en la que los hijos de Dios son los convidados de la «pascua cumplida» (cf. Lc 22, 16), es su símbolo. Todos, en el cielo y en la tierra, se sientan a la misma mesa, pero en dos vertientes: unos en la luz plena, otros en la sombra de su existencia terrestre. En medio, el Cordero, en pie e inmolado. Forman un solo cuerpo al compartir la misma pascua (cf. 1 Cor 10, 16s).

Los hombres no han cesado de dispersarse, desde los orígenes, en el espacio y el tiempo. En su pascua, Jesús «reúne a los hijos de Dios dispersos» (cf. Jn 11, 52). Los congrega de la dispersión en el espacio y los reúne en un solo lugar: en su cuerpo, del que llegan a ser los miembros. Los convoca de la dispersión en el tiempo y los reúne en un único

8. Santa Teresa de Lisieux, *Poésie* 40, en *Oeuvres complètes*, Paris 1992, 724: «Pues el cielo es el mismo Jesús».

instante de la historia: el de su muerte, en el que el Padre le engendra en la plenitud del Espíritu. Desde siempre los hombres son creados hacia Cristo y el cielo es la cumbre de convergencia de su progresiva creación.

Un cielo trinitario

En el cielo, los hombres tienen su morada en Cristo, quien habita en la Trinidad: en él, viven del Padre en el Espíritu santo. El cielo es a la vez crístico y trinitario.

Desde su origen terrestre, Jesús era el Hijo que el Padre engendra en el Espíritu (Lc 1, 35). Lo fue a lo largo de su vida terrena⁹. Pero es por su elevación por encima de la tierra, en la muerte y la gloria, como este hombre ha sido interiorizado totalmente en el misterio trinitario. El «se ofreció en el Espíritu eterno» (Heb 9, 14) y fue resucitado en este mismo Espíritu (Rom 8, 11). El Padre lo ha tomado en la fuerza vivificante del Espíritu, en este seno divino que es el Espíritu, y lo ha conducido a la plenitud filial, «resucitándole, como está escrito en el salmo 2: ‘Tú eres mi Hijo, yo he engendrado hoy’» (cf. Hech 13, 33). Jesús es la morada santa donde se realiza el misterio trinitario en el interior de la creación. El es también la puerta de esta mansión, porque es el Hijo de Dios para los hombres, su engendramiento les está destinado. Entran en la santa Trinidad por esta puerta que se ha abierto para ellos en la muerte de Jesús.

Ni Cristo ni los santos habitan la Trinidad como un espacio. El Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre; Jesús vive en los fieles y éstos viven en él; el Espíritu habita en los fieles y éstos permanecen en él. Semejante presencia recíproca no es de orden local: se habita una casa, no se es

9. Cf. Mt 3, 17 par; Jn 1, 33s.

habitado por ella. Se trata de una presencia de íntima relación mutua, tal como acontece en seres que se aman recíprocamente, donde cada uno llena de su presencia el corazón del otro; tal como se realiza, sobre todo, entre el Padre y el Hijo en el Espíritu: una relación de amor, en la que cada uno es a la vez habitante y habitáculo.

La presencia del Padre y del Hijo y del Espíritu, se diversifica en el corazón de los santos según la peculiaridad de cada uno de los tres. Muy grande, infinita es esta diferencia, siendo una persona cada uno a su manera. Uno es Padre que engendra. El otro es la persona filial en su infinita receptividad. El Espíritu es la persona artesana, en la que se realizan todas las obras de Dios; es la fuerza en la que Dios opera su obra primordial: la de engendrar al Hijo; es el amor en el que el Padre sale en su Hijo, en el que el Hijo es infinitamente receptivo. En esta infinita diversidad habitan el corazón de los santos y hacen la felicidad de cada uno.

Las tres Personas divinas juegan en favor de cada uno de los santos el papel que juegan entre sí. Lo que son la una para la otra, son dichas de serlo para los hombres: Padre, Hijo y Espíritu santo. Es así como la Trinidad habita en ellos y ellos habitan la Trinidad. El Padre tiene su morada en el hombre en tanto que Padre de este hombre; ejerce para él la paternidad que ejerce con respecto a su Hijo; está presente en el santo como está presente en el Hijo: en tanto que él lo engendra. El Hijo está presente en tanto que engendrado en favor de este hombre, para que éste sea, en el Hijo, un verdadero hijo de Dios. Lo que es el Espíritu santo, lo es en favor de este hombre: fuerza de amar en la que el Padre engendra y el Hijo es engendrado; todo se realiza en esta divina fuerza de engendramiento que es el Espíritu. Los santos son «filializados» en el Espíritu que es su vida. Es la felicidad del cielo.

El don trinitario se concede a todos los santos, pero la diferencia entre ellos puede ser muy grande. El Espíritu es amor, su acción se mide según el grado del amor. La presencia trinitaria conoce grados de intensidad, en la medida de la caridad de cada uno¹⁰.

Una bienaventuranza crística y trinitaria

«Veremos cara a cara», dice san Pablo (1 Cor 13, 12). En esta contemplación el hombre será feliz por fin y para siempre. ¿Qué verá? Una filosofía espiritualista estima que «la última y perfecta bienaventuranza no puede estar más que en la visión de la esencia divina. La bienaventuranza perfecta requiere que la inteligencia llegue hasta la esencia misma de la causa primera»¹¹. En Jesucristo Dios se ha revelado no sólo como el Ser infinito, causa de todo, sino como Padre, esencialmente Padre del Hijo único en el Espíritu santo. Sabemos, por otro lado, que la vida celeste no es sino la vida cristiana, conducida en la tierra por la fe, llevada a su plenitud. Ahora bien, esta vida cristiana es distinta de un conocimiento intelectual de Dios. Además el cielo se describe en los evangelios como una fiesta comunitaria celebrada en el amor, como un banquete de bodas; la definición precedente ignora este aspecto de la bienaventuranza celeste.

La vida cristiana en la tierra es crística y trinitaria, así es también el cielo, tal su dicha; dicha que Jesús desea y recibe de su Padre y comparte con los suyos: «Padre, glorifí-

10. La teología ha sabido desde siempre que la presencia trinitaria es correlativa a la caridad. Está ausente de las criaturas inanimadas, no personales, incapaces de caridad, por mucho que la acción de Dios esté presente en todas partes. Tampoco entra en el corazón de un hombre habitado por el odio al prójimo.

11. *Summa Theologica* I-II, q. 3, a. 8.

came cerca de ti... para que ellos tengan en sí mi alegría cumplida» (Jn 17, 5.13).

Jesús, el Hijo de Dios, es el cielo de los hombres, el lugar de su alegría; la felicidad está en vivir en comunión con él. En la tierra, san Pablo se sentía *lejos del Señor*, en el exilio (2 Cor 5, 6). Deseaba «partir», encontrarse con él (Flp 1, 23), para «estar siempre con el Señor» (1 Tes 4, 17). «Estar con» es un deseo del amor. Pablo aspiraba a vivir no solamente en la proximidad de Cristo, sino en la reciprocidad de una presencia íntima. Ya desde esta tierra, la Iglesia empieza a «conocer» a su Señor-Esposo en una intimidad así: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él» (Jn 6, 56). El conocimiento íntimo se realiza en el compartir una misma muerte, en la que se nace juntos. Jesús ha debido morir para conocer así a los suyos: «Yo conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí... y yo doy mi vida por las ovejas» (Jn 10, 14s). Los fieles deben morir para conocer en el amor: «¿Quién me libraré de este ser mío preso de la muerte?» (Rom 7, 24), suspira san Pablo, de este cuerpo de «carne» que encierra y se opone al absoluto del don de sí y de la acogida del otro. Solamente «aquel día», el de la pascua de la muerte y resurrección, «conoceréis... que vosotros estáis en mí y yo en vosotros» (Jn 14, 20).

¡Dichosa Iglesia del cielo! Vive en la unidad de un mismo cuerpo, el de su Señor-Esposo, compartiendo su única muerte, en la alegría de su eterno nacimiento. La gracia de un mismo morir con Cristo —«si morimos con él» (2 Tim 2, 11)— es eterna, porque Cristo es eternizado en su morir hacia el Padre¹². Eterna es también la gracia del mismo nacimiento en Dios: «Ya que habéis resucitado con Cristo» (Col 3, 1), con él que nace del Padre en un hoy eterno. Nada es tan personal, nada es tan imposible de compartir como

12. Cf. *supra*, 28-30.

la muerte y el nacimiento. Pero he aquí que Cristo y su Iglesia tienen en común su muerte y su nacimiento. La muerte es aparentemente la ruptura radical, pero ha llegado a ser lo infinitamente contrario. En una intimidad insondable, son perfectos los desposorios entre Cristo y la Iglesia. Todo gran amor aspira a la muerte, en un deseo, no ya de destrucción sino de plenitud. La felicidad celeste está en vivir muriendo eternamente de amor¹³.

Esta dicha de vivir en la muerte es, compartida, la de Jesús en su divina filiación: se vive en comunión con Cristo, en el misterio en que Dios le engendra en el Amor, el Espíritu santo. La felicidad del cielo es vivir en la Trinidad.

Un día Jesús, «exultó de gozo en el Espíritu santo» (Lc 10, 21), feliz de su Dios y Padre. Tenía el conocimiento beatificante no sólo de la «esencia divina» (de la divinidad), sino de la paternidad de Dios con respecto a él: «Te doy gracias, Padre... porque has revelado estas cosas a los pequeños (de los que yo soy el primero). Sí, Padre, así te ha parecido mejor. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo» (Mt 11, 26s). El conocimiento mutuo de Dios y de Jesús es el de un Padre y de un Hijo. Porque el misterio de Dios es ser el Padre infinito de un Hijo infinito; el misterio de Jesús es ser este Hijo en su encarnación. Glorificado, Jesús vive totalmente en el seno de su Padre. «Es así como ve a Dios cara a cara: por la plena experiencia que tiene de la paternidad de Dios respecto de él»¹⁴.

13. Esta fue la pasión de amor de Teresa de Lisieux, cuyo deseo supremo fue «morir de amor». Lo que deseaba como gracia suprema se le concedió como gracia permanente.

14. Jesús vivió esta experiencia de la paternidad de Dios ya durante su vida terrestre. Se dice con frecuencia que desde entonces gozaba, en su humanidad, de la visión beatífica que habría comportado, además de una ciencia universal, la bienaventuranza celeste (al menos en el ápice

¿Quién podría expresar la dicha celeste de Jesús: nacer sin fin del Padre, recibirse infinitamente de él, en una comunión perfecta? Felicidad de adorante contemplación en el amor y la acción de gracias que, en la tierra, estallaba en la invocación «¡Abba! ¡Padre!». Sólo Jesús conoce a Dios en toda su paternidad, porque es el Hijo único. Pero la alegría filial la comparte con los que le son dados como hermanos (Rom 8, 29). Hijo-de-Dios-para-nosotros, habita para nosotros la Trinidad, de la que es también la puerta: hace entrar a los hombres en el seno del Padre, engendrados con él en el Espíritu santo.

Los hombres conocen a Dios en su paternidad por la comunión con Cristo: son «herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Rom 8, 17). Jesús es el mediador de la visión cara a cara, igual que en la tierra era el camino de acceso al Padre: «Yo soy el camino... nadie va al Padre sino por mí» (cf. Jn 14, 6). En el cielo, es más que nunca el camino, el mediador de la filiación y del conocimiento del Padre.

Los santos ven a Dios cara a cara (1 Cor 13, 12), gracias a esta mediación su conocimiento es inmediato. Cristo es su mediador sin ser un intermediario: comparte con ellos su

de su alma). Esta forma de comprender el conocimiento que Jesús tenía de Dios, se sitúa menos en el contexto de una teología del misterio pas-cual y de las relaciones trinitarias que en el de la visión cara a cara de la esencia divina. ¿Es conciliable con una auténtica existencia terrestre y con algunas limitaciones que Jesús reconocía (Mc 10, 40; 13, 32; 14, 35s), así como con la angustia inmensa de Getsemaní y del Calvario? Por lo demás, esta visión beatífica no corresponde a la especificidad filial de Jesús. Como Hijo de Dios tenía un conocimiento que le era propio en tanto que Hijo único: el de Dios en la eterna paternidad respecto de él. En lugar del lenguaje de la «visión beatífica», parece preferible recurrir, aunque imperfecto también, al de la «conciencia filial», de la que Jesús gozó siempre, y que en la gloria de la resurrección, ha llegado a su plena luminosidad. Este conocimiento filial, de carácter trinitario, era compatible, en la tierra, con ignorancias e inmensos sufrimientos morales; y podía incluso contribuir a estos sufrimientos.

propia experiencia de Dios que es inmediata. Ellos, conocen cómo nacen: en Cristo y por la acción del Padre que engendra a Cristo y a los que están en él. Conocen al Padre, conociendo con el Hijo.

En otro tiempo, los teólogos se interrogaban sobre la primacía, bien de la inteligencia, bien de la voluntad: ¿por cuál de estas facultades, entra en el hombre la bienaventuranza eterna? ¿no es éste un problema vano? El dedo de Dios toca al hombre en su yo, en el fondo de él mismo. Dios le engendra a partir de ahí: la felicidad del cielo surge en el hombre, de su profundidad, de su persona. El hombre conoce a Dios en su misterio, es decir, en su paternidad, por el hecho de nacer de él. Semejante conocimiento es vital: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti» (Jn 17, 3). Dios se revela Padre, realizando su paternidad en el hombre; éste le conoce en la experiencia de su filialidad.

Jesús es el Hijo en el Espíritu santo, conoce a su Padre en la fuerza divina de engendramiento que es el Espíritu santo. También los fieles: conocen en el Espíritu, es decir, por la acción en la que nacen de Dios. Jesús había prometido a sus discípulos el Espíritu que «les conducirá hasta la verdad plena» (Jn 16, 13). Ahora bien, la verdad total de Dios está en su infinita paternidad: «Yo les he dado a conocer tu nombre» (Jn 17, 26), tu nombre de Padre. En el cielo, el Espíritu introduce a los hombres en el conocimiento pleno de su Padre, dándoles co-nacer plenamente, junto con Cristo. *Ven a Dios cara a cara en la exultante experiencia de este co-nacimiento.*

Dios sale de sí mismo, engendra al Hijo, amando: «El amor produce el éxtasis»¹⁵. El Espíritu santo, potencia del Padre en su paternidad, es un amor infinito. «Son tres: el

15. El Pseudo-Dionisio, retomado por santo Tomás, *Summa Theologica* I-II, q. 28, a. 3, sed contra.

Amante, el Amado, el Amor»¹⁶. Son tres: el Padre, el Hijo y el Espíritu que es su amor y en el que son Padre e Hijo. Los hombres son engendrados con Cristo en este Espíritu de amor; con Cristo, conocen al Padre en el amor. El conocimiento celeste es, por tanto, una experiencia vital, efecto del dominio total de la paternidad de Dios, en la fuerza de amar que es el Espíritu. Los santos conocen en el amor, en el que nacen con Cristo.

Esta ciencia se da en germen ya desde esta tierra. Cuando la Iglesia quiere conocer, invoca al Espíritu, no porque el Espíritu sea la verdad y la luz: es Jesús quien reivindica este doble título¹⁷. Pero «él guía hasta la verdad plena» (Jn 16, 13), dando *poder* conocer; lo da en tanto que es amor y que pone en comunión. El conocimiento espiritual es cordial, los ojos se abren en el corazón (cf. Ef 1, 18), en la amorosa comunión del misterio divino, en la experiencia de este misterio: «Que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad» (Flp 1, 9). En el cielo, la comunión de conocimiento es total, en la plenitud de la filialidad.

El Espíritu de amor es alegría de vivir, la de Dios en su paternidad, la de Jesús en su filialidad: «Estalló de alegría bajo la acción del Espíritu y exclamó: ¡Padre...!» (Lc 10, 21). «La alegría del Espíritu» es proverbial¹⁸. Es la alegría exultante que pone al Padre con el Hijo en éxtasis, que arroja al Hijo en los brazos del Padre; la alegría de Dios de ser Padre que, amando, engendra al Hijo; la alegría del Hijo de nacer de este Padre, amándole. El Espíritu es amor y alegría de amar. «El Espíritu del Señor llena la tierra» (Sab 1, 7), llena de alegría a Dios mismo.

16. San Agustín, *De Trinitate*, 8, 14: CCL 50, 280.

17. Jn 9, 5; 14, 6.

18. Hech 13, 52; Rom 14, 17; Gál 5, 22; 1 Tes 1, 6.

Jesús comparte su alegría filial con los suyos, su alegría es comunicativa porque el Espíritu es comunión: «Beberé con vosotros el vino nuevo en el Reino de mi Padre» (cf. Mt 26, 29). Esta «alegría nadie os la quitará» (cf. Jn 16, 22), porque nadie se la puede arrebatar a Cristo que es, para ellos, el Hijo de Dios en el Espíritu santo.

Un cielo comunitario

Los fieles forman, ya desde la tierra, una Iglesia, una comunidad reunida *en Dios Padre y el Señor Jesucristo* (1 Tes 1, 1) y en *la comunión del Espíritu santo* (2 Cor 13, 13).

Las numerosas imágenes de la Escritura que hablan del cielo, celebran la dicha comunitaria: la sala del festín, el banquete nupcial, el símbolo admirable que es la comida pascual en la que el Reino se realiza (Lc 22, 16), el grupo de los doce reunidos en la eucaristía, que deben amarse entre sí. Otro nombre para designar la vida eterna es la palabra «comunión»: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto... os lo anunciamos para que estéis en comunión con nosotros en esa comunión que tenemos con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que vuestra alegría sea completa» (1 Jn 1, 3s). Incluso la salvación individual se presenta como una comunión: «Estoy a la puerta y llamo: si alguno oye y me abre, entraré y comeremos juntos» (Ap 3, 20).

El hombre es una persona, creado para la relación, a imagen de Dios que es uno y que habla en plural: «Hagamos al hombre a nuestra imagen» (Gén 1, 26), la de un Dios único que los cristianos saben trinitario. Por la muerte a «la carne» que encierra a los hombres en sí mismos, Dios los ha liberado del mal de estar solos, y, por la fuerza de la

resurrección, los conduce a su plenitud relacional. Ha hecho de ellos, seres unidos y en donación de sí, en Cristo que es la imagen de Dios (2 Cor 3, 18).

En el cielo son numerosos y son uno, habiéndose unido enteramente a aquel en que han sido creados, Cristo, su comienzo total. La unidad, en esta centralidad universal en el Hijo único, es perfecta: «Serán todos un solo cuerpo y un solo espíritu... Y el vínculo de esta unidad es la gloria»¹⁹.

Su unidad no es sólo de espíritu, sino de Espíritu santo. Por él, el Padre los ha creado en Cristo y los lleva a él. El Padre y el Hijo están unidos en la indivisibilidad del Espíritu que les es común, una persona en las otras dos²⁰, Espíritu del Padre y del Hijo, su corazón único para ambos. Ahora es el corazón de todos, uniendo a los santos entre sí, dotándoles de la capacidad de donación total de sí y de acogida mutua. Por la fuerza del Espíritu santo son más que nunca ellos mismos y, sin embargo, inseparables, porque es indivisible la persona del Espíritu que ha llegado a ser su Espíritu y que les establece en la unidad del Padre y del Hijo: «Aquel día (el de la pascua eterna de Jesús), conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros» (Jn 14, 20).

Muchos y uno, existen los unos para los otros. Lo que Jesús ha llegado a ser, un ser-para-todos, *espíritu que da vida* (1 Cor 15, 45), en la muerte por todos en la que es el Hijo para todos, resucitado por ellos (2 Cor 5, 15), los santos lo son también, a su nivel, según el grado de su transformación en el Espíritu santo. Así, son ricos los unos de los otros. No por compartir los bienes que cada uno poseyera, pues en el cielo nadie posee nada: su riqueza es el Espíritu

19. San Gregorio de Nisa, *In Cant. hom.* 15: PG 44, 1116s.

20. Según la fórmula de H. Muhlen, *Der heilige Geist als Person*, Münster 1963, 164.

santo que, más que un bien que se distribuye, es un vínculo que une. Estando plenamente personalizados en el Espíritu, los santos son semejantes al Padre y al Hijo que ignoran lo mío y lo tuyo y no conocen más que el diálogo del yo y el tú: su riqueza es ser en comunión.

Esta comunión fraterna es incomparablemente más íntima que el lazo que une entre sí a dos hermanos en la tierra. Salidos de los mismos padres, sin embargo nacen separados unos de otros, y a lo largo de la vida se dispersan más y más. Los hijos de Dios nacen y viven en este seno divino que es el Espíritu santo, en que el Padre les engendra con Cristo. A lo largo de la vida en la tierra se reúnen cada vez más, y en la muerte se unen plenamente a Cristo en el instante único de su eterno nacimiento: nacen juntos en Cristo.

Intimamente fraterna, la sociedad celeste es mutuamente materna. Dos seres que se aman viven no solamente el uno para el otro sino el uno por el otro. Lo que es toda la Iglesia, «la Jerusalén de arriba, nuestra madre» (Gál 4, 26), cada uno lo es para los otros, según la medida de su gracia. Porque el Espíritu santo es no sólo un vínculo que une, es un seno del que se nace.

Esta Iglesia fraterna y materna está personalizada en la madre del Señor, santa María, que es la hermana más próxima a cada uno y la madre de todos. Se une a Jesús en el Calvario para ser allí la presencia fiel de todo el pueblo de Dios. El le ha dicho, refiriéndose al discípulo: «Ahí tienes a tu hijo» (Jn 19, 26). En el corazón de la comunión celeste, rica de la plenitud de gracia de la Iglesia, ella es santa para todos, María, nuestra madre.

Lo mismo que santa María, cada santo es fuente para otros, en la medida de su propia santificación en Cristo. La gracia, siendo un modo de ser propio a cada uno, y no un tener, no se puede distribuir. Pero como afecta a la persona y la hace comunicable, enriquece a otros en la medida en

que santifica a cada uno. El Espíritu santo es un vínculo que «enlaza a unos con otros»²¹, lo mismo que el Padre y el Hijo son ricos uno para otro, uno por el otro, cada uno rico de la persona del otro.

Entonces, ¿cómo comunica el santo a los otros su santidad? Uniéndose y dándose a ellos por el hecho de su santidad. Como Cristo «ha llegado a ser espíritu que da vida» (1 Cor 15, 45), un ser amorizado, en total donación y comunicación de sí. Dándose a los suyos, uniéndose a ellos, Cristo les hace miembros de su cuerpo y les enriquece de sí mismo. La eucaristía, en la que Cristo enriquece a los fieles por el don de sí mismo, lo esclarece. Este poder de darse, de llegar a ser la riqueza del otro, la comunica a los suyos en la medida del Espíritu que les anima. También ellos son eucaristía, ricos los unos de los otros, por su mutua pertenencia. Son el cielo, los unos para los otros²².

Esta riqueza compartida es muy grande. Todo el oro del mundo no es nada comparado con el privilegio de aquel a quien otro es dado en la gran dignidad de su persona. No hay tesoro comparable a la íntima pertenencia mutua de dos personas en un único amor. Hace tomar parte en el misterio de Dios, que es comunión del Padre y del Hijo en el amor infinito del Espíritu.

No se tendrá envidia de aquellos cuya gloria sea mayor, sino que se sentirán felices²³. Pues esta gloria es la comu-

21. *Lumen gentium*, 49: «Todos los que son de Cristo por poseer su Espíritu, constituyen una misma Iglesia y se unen mutuamente en él».

22. Por el contrario, se sabe que en un mundo egoísta, «el infierno son los otros».

23. Se pueden evocar aquí estas palabras de Teresa de Lisieux: «Como una madre está orgullosa de sus hijos, así lo estaremos nosotros, los unos de los otros, sin la más mínima envidia». «Dios quiere que los santos se comuniquen unos a otros la gracia por la oración, para que en el cielo se amen con un gran amor... En el cielo no se encontrarán miradas indiferentes, porque todos los elegidos reconocerán que se deben unos a otros

nión del Espíritu: une con los demás a aquel que la posee y hace de él la riqueza de los otros. Cuanto más grande es la gloria de un santo, tanto más les pertenece a los que está unido por esta misma gloria: santo en sí mismo y para los otros. ¿Tendrá una mujer envidia de su marido porque es príncipe de sangre real, cuando ella ha llegado a ser princesa por el amor que este hombre le tiene? ¡Qué ricos son aquellos a quienes la madre del Señor es dada en la abundancia de su gracia! Ahora bien, ella pertenece a todos. El más pequeño del Reino es rico por el amor que los grandes y los más grandes le tienen, y porque le pertenecen en el amor. Los primeros del Reino son los servidores de todos, porque son santos para todos. También en el cielo vale la consigna: «Que el primero entre vosotros tome el lugar... del que sirve» (Lc 22, 26).

Jesús, el Señor, está al servicio de todos, convertido en alimento universal, *espíritu que da vida*; su gloria está en ser el grano de trigo que da fruto abundante (Jn 12, 23s). Así es también la gloria de Cristo en sus santos: *permaneciendo en él, dan mucho fruto* (cf. Jn 15, 5), *fruto que permanece* (Jn 15, 16). Son fuente de vida para los demás. Su gracia es fraterna y materna a la vez, para siempre.

¿No es algo parecido lo que dice Jesús —con otras palabras— cuando promete confiar a sus servidores grandes cosas el día de su venida (Mt 25, 21)? A uno el gobierno de diez ciudades, a otro el de cinco (Lc 19, 16-19). Cada uno, en la medida de su gracia, participará en la realeza de Cristo, que es dar la vida eterna.

Pero hasta ese día final, mientras haya hombres en la tierra, la Iglesia del cielo, feliz de contemplar a Dios, tendrá sin embargo el rostro vuelto hacia la tierra, preocupada por

las gracias que les habrán merecido la corona». *Derniers Entretiens*, en *Oeuvres complètes*, Paris 1992, 1036, 1048.

la salvación de los hombres, hasta el momento en que el último de entre ellos se una a la comunidad celeste. Jesús había dicho: «Me voy y volveré a vuestro lado» (Jn 14, 28); con él, los santos han dejado este mundo, pero para volver. Se preguntó a santa Teresa de Lisieux: «¿Verdad que nos mirarás desde el cielo?». Ella respondió: «No, bajaré». Y en otro momento: «Pasaré mi cielo en la tierra»²⁴. La Iglesia del cielo, más aún que la de la tierra, es *la Jerusalén de arriba, nuestra madre* (Gál 4, 26), en trance de parto. Con Cristo, que ante Dios intercede por nosotros²⁵, ella suplica y da gracias por ser escuchada. Los santos nos esperan, nos atraen y nos recibirán *en las moradas eternas* (cf. Lc 16, 9). En las tiendas de los demás estaremos en casa. Aquellos que nos aman y que amamos, serán nuestra patria²⁶.

Una insaciable saciedad

El cielo es cumbre de creación. Habiéndolo alcanzado, los hombres no cesan de crecer: «El que se eleva no se detiene jamás. Va de comienzo en comienzo, por los comienzos que no tienen fin»²⁷. En otro tiempo *llamados a la comunión con el Hijo* prometido para el último día (1 Cor 1, 9), son más que nunca *santos por vocación*²⁸, llegados a la meta y vocacionados, a un tiempo. La gracia llena y llama colmando: «Tiene lugar aquí la mayor paradoja: la misma cosa es a la vez estabilidad y movimiento»²⁹.

24. Santa Teresa de Lisieux, *Derniers Entretiens*, 1039 y 1050.

25. Rom 8, 34; Heb 7, 25.

26. Santa Teresa de Lisieux, *Derniers Entretiens*, 1041, hablando del cielo: «Todos los santos son nuestros familiares».

27. San Gregorio de Nisa, *In cant.*: PG 44, 941.

28. Rom 1, 7; 1 Cor 1, 2.

29. Gregorio de Nisa, *Vida de Moisés*, Salamanca 1993, n.º 243, 126.

La posesión de un bien no basta para asegurar una felicidad duradera. No se tardaría en cansarse. La felicidad del cielo brota de la unión siempre actual de las aspiraciones y de su realización. La belleza del rostro divino es inagotable, se bebe sin perder la sed³⁰. Dios no tiene límites, para que se le busque aun cuando se le ha encontrado³¹. El Espíritu que es la felicidad celeste, es comunión y búsqueda de comunión, amor y deseo. Una saciedad que es insaciable, es la firma de una felicidad perfecta.

Ahora los hombres han alcanzado la plenitud filial, sin embargo no cesan de nacer. Su plenitud está para siempre, en este nacimiento. Por su muerte, Jesús ha reunido en todo su ser humano, su eterno origen divino: vive para siempre en el instante de su nacimiento en el seno del Padre. Con él y en él, los hombres viven en la fuente de ellos mismos. Llegados al término, comienzan sin fin.

No nacen ya para morir, el tiempo ya no los lleva a la tumba, ya que nacen en su muerte misma, junto con Cristo. Jesús ha invertido el sentido de la muerte, la ha transformado en nacimiento; a la vez ha invertido el sentido del tiempo: ya no se escapa, llega.

El tiempo del cielo es crístico y trinitario, como todo lo que es celeste. En el cielo se vive en la hora pascual —«la hora» de la que habla san Juan— en la que Dios resucita a

30. San Ireneo, *Adv. haer.* IV, 11, 2: «De la misma manera que Dios es siempre el mismo, así el hombre encontrándose en Dios progresa siempre hacia Dios. Dios no cesará de colmar y enriquecer al hombre, ni el hombre de ser colmado y enriquecido por Dios». San Bernardo, *In Cant., sermo* 84: «La posesión del cielo no apaga el deseo sino que lo expande». Santa Teresa de Lisieux, *Poésie* 33, en *Oeuvres complètes*, Paris 1992, 717:

«Amaré sin medida y sin tasa,
y mi felicidad parecerá, sin cesar,
tan nueva como la primera vez».

31. San Agustín, *In Joh. tract.* 63, 1: CCL 36, 485.

Jesús en su muerte, diciéndole «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy» (Hech 13, 33). La eternidad de los hombres es la de su nacimiento en el Hijo de Dios. Con Cristo, son asumidos en la eternidad trinitaria, que no es un instante fijo, un *Nunc semper stans*, es decir, un ahora detenido. Es la duración de un llegar a ser, si es que se puede hablar de un llegar a ser divino: la duración del engendramiento del Hijo por el Padre en el Espíritu santo, la de un devenir en que el principio y el término no son más que uno. Es ahí donde la vida del cielo hace brotar su eternidad³². Aunque no sea fijo, el tiempo del cielo no se escapa: culmina, comienza en la meta. Lejos de vaciarse sin cesar, el instante de la bienaventuranza se colma de su fuente. Ya en la tierra, la eternidad había comenzado a introducirse insensiblemente en los hombres, en los cuales se inscribía, desde entonces, el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu santo.

«Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro»³³. El evangelio de la resurrección de Cristo se ha proclamado, la vida eterna está dispuesta, «se muestra la salvación, los apóstoles comprenden, se acerca la pascua del Señor, se cumplen los tiempos y se instaura el orden cósmico»³⁴. Los fieles se reúnen ya en torno a la mesa de la eternidad, se alimentan del *pan del cielo* (Jn 6, 33), cocido al fuego del Espíritu santo. Ellos forman «la Iglesia... que está en Dios Padre y en el Señor Jesucristo» (1 Tes 1, 1), prefiguración, pese a las debilidades humanas, de la comunidad eterna.

32. ¿No podemos pensar que las dos dimensiones cósmicas de espacio y de tiempo expresan dos aspectos del misterio trinitario, y encuentran ahí su origen? El Hijo que Dios engendra, en quien mora, ¿no es el espacio original? El Espíritu en el que el Padre engendra, ¿no es el tiempo original? El Padre vive en este espacio y este tiempo.

33. Símbolo niceno-constantinopolitano.

34. *Carta a Diogneto*, Sources chr. 33, 85.

La eucaristía es profética. Ignacio de Antioquía estaba impaciente de celebrarla en el cielo: «Quiero el pan del cielo, que es la carne de Jesucristo, de la estirpe de David, y como bebida quiero su sangre, que es el amor incorruptible»³⁵. En su liturgia, la Iglesia de la tierra vive en ósmosis con lo mejor de sí misma que está en el cielo³⁶, hasta el día en que «la ciudad entera, es decir, la comunidad de los santos, sea ofrecida a Dios por el sumo Sacerdote, como un sacrificio universal»³⁷.

35. *IgnRom* 7, 3.

36. Concilio de Trento, sesión 13, 8: DS 1649: Los fieles «comen ahora, velado por el sacramento, el mismo pan de los ángeles que será su alimento más allá de todo velo».

37. San Agustín, *De civ. Dei* X, 6: CCL 47, 279.